

UN NAVARRO INSIGNE, ARTIFICE DE ESPAÑA

POR

JAVIER NAGORE YARNOZ (*)

Nada puede haber más honroso para mí que ofrecer estos actos en honor de D. Rodrigo Ximénez de Rada, organizados por la benemérita «Comisión de Navarros en Madrid». Gracias a todos; y puesto que «el honrar, honra», unámonos —como paisanos en el tiempo de aquél que fue gran español por ser navarro— a un homenaje, tributado por los siglos a través de los historiadores, al que «ideó y realizó el vasto pensamiento de una amplia historia de España [...], que ha influido como ninguna en el espíritu español (y que él —D. Rodrigo— lo ha transmitido por medio de su historia)». Una historia, por otra parte, moldeada por la hazañas, por los saberes y consejos, por los poderes y potestades: y por las virtudes de la santidad y la justicia. Sí, la cualidad más extraordinaria del gran Arzobispo, el espíritu que nos ha transmitido con su historia, es su españolismo. Un amor a lo que entonces —¿y por qué no ahora?— pudieron llamarse «las Españas». Pues, para D. Rodrigo, España era ya un conjunto de pueblos diversos (unos totalmente indígenas, y otros perfectamente indigenizados), con absoluto derecho de vivir en ella por sus especiales méritos en la constitución de una patria común española a lo largo de los siglos. Los primeros pobladores eran

(*) Publicamos con mucho gusto las palabras pronunciadas por nuestro ilustre colaborador Javier Nagore, notario jubilado de Pamplona y Presidente del Consejo de Estudios de Derecho Navarro, en el acto organizado por la Comisión de Navarros en Madrid y celebrado en el monasterio de Santa Maria de Huerta el 19 de junio de 1994 en honor de Rodrigo Ximénez de Rada.

los que se hallaban distribuidos en las diversas regiones de la Península ibérica, caracterizados por ciertas notas raciales primitivas, que no se fundieron jamás, si bien recibieron una impronta, más o menos profunda, bajo el imperio romano. El segundo es el pueblo invasor godo, que constituyó la nacionalidad española, aunando los diversos pueblos peninsulares, infundiendo la unidad bajo las inspiraciones del catolicismo, única y exclusiva religión de los españoles desde que el pueblo godo —por la gracia de Dios— abrazó la Santa Religión, que ya era la propia de los pueblos indígenas romanizados a los que había llegado el Evangelio desde los tiempos del Apóstol Santiago, cuya misión recordamos especialmente en este Año Santo Compostelano.

Son estos pueblos, según D. Rodrigo, los que formaban el pueblo español. Los demás eran extranjeros e injustos dominadores de España. Por eso, todos debían sentir una común aspiración: unidos estrechamente, conseguir desterrar el dominio musulmán y restablecer el dominio cristiano. Tal fue el supremo ideal de la lucha en la Reconquista. Tal es ideal nacional de los españoles. Y «en este sentido —escribía en 1925 el mejor biógrafo de D. Rodrigo—, éste grita más potente y ardorosamente que nadie ¡Arriba España! ¡Viva España!» (1).

Su españolismo es intenso, fervoroso, perenne. Empieza por ensalzar las cualidades físicas de España, que son en su concepto sin rival en la tierra. Permitidme que transcriba un pasaje de sus loas, pues me parece que en estos días actuales, en que los políticos sólo hablan de «este País», reconforta —tanto como agrada a los hijos el que ensalcen a su madre— leer lo que había escrito San Isidoro y repetía D. Rodrigo:

España es como un paraíso del Señor [...]; es fecunda por sus frutos, sabrosa por las frutas, deliciosa por los peces [...], estrepitosa por la caza, codiciada para ganados y rebaños, orgullosa por los caballos, descansada por las mulas, privilegiada por sus fortalezas, productora del vino, descuidada por el pan, rica

(1) GOROSTERRAZU, J., *Don Rodrigo Jiménez de Rada - Gran estadista, escritor y prelado*, Pamplona, 1925, pág. 359.

en metales, abundante en aceite, alegre por el azafrán, excelentísima por el ingenio, audaz en la guerra, rápida en la acción, leal al mando, fácil para la cultura, poderosa en la elocuencia, fecunda en todas las iniciativas, superior a todos por sus fortificaciones, pocas tierras la igualan en la grandeza, preciosa por su fidelidad, singular en el arroyo (2).

Además ¡qué grande y ardiente corazón revela cuando se entusiasma ante la heroicidad, ante el valor, talento y hazañas, ante la lealtad, la ciencia, la virtud, abnegación y santidad de tantos de aquéllos que hicieron «las Españas». Contamos entre ellos esta destacada figura que fue nuestro gran Arzobispo de Toledo.

Sus *saberes*, eran ya en su tiempo legendarios; sus *poderes*, muy amplios, tanto en la Iglesia como en el gobierno secular; su *santidad y justicia*, reconocidas por Papas y soberanos, por nobles y vasallos, por cristianos y por musulmanes, más allá de las fronteras hispánicas; es decir, por toda Europa. Puede decirse también que D. Rodrigo fue prototipo del hombre cristiano en una Europa cristiana. ¡Cómo puedo yo no ya narrar, sino reseñar siquiera una vida tan admirable!

Hoy la historia nos desvela que D. Rodrigo, el sabio y políglota sin par —sabía nueve idiomas, desde el vascuence al árabe, desde el griego y latín al hebreo, pasando por el castellano, el italiano, el alemán y el francés. Fue «Magister» en Filosofía, Derecho y Teología por Bolonia y París—; el padre de la historia patria —con sus inmortales obras *De Rebus Hispaniæ*, *Historia Romanorum*, *Historia Gotica*, *Historia Arabum*, *Annales Toledanis*, *Breviarium Historiæ Catholicæ* y la *Chronica del Santo Rey Fernando*, entre otras varias obras históricas y literarias—; el hombre exímio, que ensanchó las fronteras de Castilla, e inspiró y dirigió las empresas bélicas de Alfonso VIII y San Fernando durante cuarenta años; el Canciller, gran ministro y sumo político de ambos reyes; el que promovió la unión de Castilla y León; el que concilió al gran Sancho VII el Fuerte de Navarra con los monarcas castellanos y aragoneses hasta que todos

(2) *De Rebus Hispaniæ*, III, 21.

se unieran en las Navas de Tolosa, aquella Cruzada que salvó a Europa; el Prelado asombroso, que fue obispo a los 30 años de edad; que encumbró a la Sede toledana, con la Primacía, con la estupenda Catedral, con bienes y señoríos sin cuento; la lumbrera admirada por los Concilios ecuménicos de Letrán y de Lyon; el consejero principal y «sine die» de los Papas Inocencio III, Honorio III, Gregorio IX e Inocencio IV, y, en fin, el Pastor justo y santo, lleno de caridad, celo, sabiduría y prudencia que iluminó con su doctrina a la Iglesia de Dios, aquél del que se escribieron los versos

*Que fo moltz Santz et Justz,
e habia nom Rodrigo (3)*

(Que fue muy santo y justo, y se llamó Rodrigo)

Pues, al fin y al cabo, lo que llenó todos los inmensos ámbitos del pensamiento y del corazón de D. Rodrigo —sus *saberes*, sus *poderes*, sus *virtudes*— fue un amor vivísimo a la fe cristiana y un celo ardoroso por el triunfo —también en lo temporal— de Cristo Nuestro Señor. Bien puede decirse del gran navarro español que vivió y murió ¡Por Dios y por España! Vida, muerte y eternidad se unen en su celeberrimo epitafio

*Mater Navarra
Nutrix Castilla
Toletum Sedes
Parisius studium
Mors Rodanus
Horta mausoleum
Coelum requies
Nomen Rodericus*

Ciertamente, el resumen de su vida es ya el de un europeo de aquel siglo que ratificó, con la identidad católica de los pueblos de España, las raíces cristianas de Europa, plantadas en el III Concilio de Toledo en el año del Señor 589, y reavivadas hoy

(3) GUILLERMO DE ANELIERS, *La guerra civil de Pamplona*, canto II, 17.

con un nuevo grito de cruzada dirigido a los pueblos latinos, germanos, celtas, anglosajones y eslavos, por nuestro Pontífice, felizmente reinante, Juan Pablo II: «Te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: *Vuelve a tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes*» (4).

¡Cómo hubiera secundado un llamamiento así nuestro gran D. Rodrigo Ximénez de Rada!; él, principal continuador de aquel libre y puro espíritu religioso, que, salvado en el Norte —Covadonga, San Juan de la Peña, Leyre—, dio aliento y sentido nacional a la Reconquista. «Sin él —decía Menéndez Pidal—, sin su poderosa firmeza, España hubiera desesperado de la resistencia y se habría desnacionalizado, y habría llegado a islamizarse, como todas las otras Provincias del Imperio Romano al Este y Sur del Mediterráneo [...] como sucumbieron, arabizándose, Siria y Egipto a pesar de su cultura helenística más adelantada [...]. Lo que dio a España su excepcional fuerza de resistencia colectiva [...] fue el haber fundido en un solo ideal la recuperación de las tierras godas para la patria y la de las cautivas iglesias para la cristiandad» (5).

¡Cómo se esponja el alma al poder proclamar en este esclarecido Monasterio de Huerta, elegido por D. Rodrigo para su sepultura, que aquellos ideales con los que nació España la hicieron grande mientras se conservaron y se renovaron!

Pero, ¿no contemplamos hoy una nueva frustración de nuestra historia?

De nuevo la incapacidad y la envidia causan nuestra decadencia. *Incapacidad* de los que, al frente de los destinos de España, si es que desean, como dicen, formar una nueva conciencia nacional, ni saben, ni aciertan a hacerlo, pues juzgan los hechos antes de conocerlos. *Envidia*, pues ¡qué difícil que un español logre imponerse a los demás, aunque sea de subidísimo valor! Y,

(4) Discurso, en Santiago de Compostela, el 9 de noviembre de 1982.

(5) MENÉNDEZ PIDAL, citado por el Cardenal GONZÁLEZ MARTÍN, «Carta pastoral en el XIV Centenario del III Concilio de Toledo», *Iglesia-Mundo*, septiembre 1989.

al lado de la envidia, el *rencor* que potencia la falta de memoria histórica de los españoles: individualmente y por regiones. Pues —¿quién no lo ve?— existen de nuevo entre nosotros quienes tienden a hacer desaparecer lo que ha sido la característica de nuestra grandeza, que tienden a achicar el espíritu español, siempre universal, que tienden a atomizarnos (6), a barrenar el largo proceso en que «las Españas», se hacen Patria común. Pues ésta ha sido grande mientras ha tenido ideales de identidad en la historia. Así sucedió en la Reconquista y en la Contrarreforma, y sucedió también en la Guerra de Liberación de 1936-1939. Un mismo ideal de Fe y de Patria unió a los que combatieron, sucesivamente, contra los musulmanes, contra los protestantes y contra los comunistas. D. Rodrigo Ximénez de Rada sembró el ideal hispánico a manos llenas. Fundador de Universidades (la primera en España, la de Palencia, fue obra suya), hacedor de reyes y de la unión entre reinos, mantenedor de la Fe como Padre conciliador fidelísimo al Vicario de Cristo en la tierra, gran gobernante, D. Rodrigo, en un capítulo memorable de su inmortal obra, expresó admirablemente cómo es preciso escalonar los intereses diversos del bien común y de las leyes humanas en armonía con las reglas de la verdad, del derecho, de la virtud y de la religión, estableciendo como principio general de todo buen gobierno, la fidelidad al deber, fidelidad que debe tener por eslabón primero e invariable a que han de subordinarse todas las clases de fidelidad, la fidelidad a Dios.

Así, escribía: «¿Qué cosa puede apetecerse más que la fidelidad? Es útil y virtuosa, y por eso, ni Dios, que puede todas las cosas, ha querido gobernar el mundo sin ella; porque si desapareciese ella no se sometería un hombre a otro hombre, ni habría unión entre los hombres; y de esta suerte desaparecería la sociedad de los hombres. Por lo tanto, la fidelidad es para todos la cualidad primera, por la cual cada uno agrada a Dios, que es el Señor de los Señores. También hay que conservar intacta e ilesa,

(6) GARCÍA VILLADA, Zacarías, *El destino de España en la Historia universal*, 1940, págs. 248 y sigs.

como la pupila de los ojos, la fidelidad con los inferiores» (7). Y explica a continuación brillante y copiosamente todas las ventajas que, también en las cosas humanas, nacen del régimen de la fidelidad cristiana y política.

Pues bien, esa loa a la fidelidad como virtud fundamental, como ideal hispánico, que movía al gran Arzobispo ayer, ha de movernos hoy a nosotros. En la medida de nuestras fuerzas tenemos que volver a aquel destino providencialista, sostenido por una fidelidad sin límites.

Tal ha de ser asimismo nuestra esperanza: en una Navarra, en una España, en una Europa, en un Mundo presididos por la Cruz. No hay otro signo para la Victoria. Como en el diálogo entre el rey Alfonso y D. Rodrigo, en el campo de batalla de las Navas de Tolosa no es cuestión, como creía el monarca, del «aquí muramos todos: non veamos perdida Espanna», sino de repetir con la fe del Arzobispo, aquél gran hombre al que aquí honramos, «De ninguna manera, antes bien aquí mismo venceréis a los enemigos».

Este patriotismo que nos inspira es una virtud cristiana que se integra en el Cuarto Mandamiento de la Ley de Dios. Pero no debe ser nunca un amor con reservas de otro, ni siquiera frente al que puede ser nuestro enemigo. Sea, pues, nuestro patriotismo un ideal de expansiva universalidad, de identidad en el mundo y en su historia, fiel a una Tradición misionera.

Recordemos, por fin, cómo D. Rodrigo estableció la fiesta del Triunfo de la Santa Cruz, que la Iglesia española celebró con singular cariño y pompa, durante siete siglos, el 16 de julio de cada año (9). Porque «sólo a Dios, y no a nosotros, ni a las

(7) *De Rebus Hispaniæ*, III, 18.

(8) *Misal romano de la Iglesia en Navarra*, 1993.

(9) La batalla de las Navas de Tolosa, comenzada el 16 de julio, finalizó tres días después, el 19 de julio de 1212. Cabe observar que el triunfo cristiano en aquella Cruzada en que Navarra ganó, por su Rey Sancho VII el Fuerte, las cadenas y la esmeralda del escudo del viejo reino, coincidió, pasados 724 años, con otra cruzada, para la que se alzó Navarra el 19 de julio de 1936, en la que se ganó la laureada de San Fernando, hoy oficialmente ignorada.

naciones se debe dar la gloria», como escribía el rey Alfonso VIII, con pluma de nuestro D. Rodrigo, al Papa Inocencio III para darle noticia de la trascendental victoria de las Navas de Tolosa.

Debemos pues, con ese amor a la patria, reafirmar la esperanza. Es preciso que España se recobre a sí misma, no con laicismos ni posibilismos estériles, sino con ideales plenos y fecundos. Nosotros sabemos, como lo supo D. Rodrigo, que en la medida en que la sociedad —la de ayer como lo de hoy— se cansa de la esperanza cristiana, sólo tiene una alternativa: el materialismo. Por lo tanto, fieles a la tradición, renovemos nuestra esperanza. Y así, aunque hoy nos duelan Navarra, España y Europa, todavía es mejor que nos duelan ellas que dolernos nosotros de no haber hecho lo que debemos: cristianizar a Navarra, navarrizarla de nuevo con sus tradicionales principios, morales, cristianos, forales; luego, navarrizar «las Españas»; después, «españolizar», es decir, recristianizar a Europa (10). Este debe ser el destino universal de nuestra gloriosa Tradición.

(10) D'ORS, Alvaro, *Carta personal*, 15 de mayo de 1993.